

EL IDEAL POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Fontes, núm. 4, cuarto segundo
de la derecha.

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Murcia, 6 rs. trimestre; fuera, 8 id. id.
En la Administracion de este periódico.

Año IV. Se publica en Murcia los dias 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes. Num. 339.

EL IDEAL POLÍTICO.

Murcia 20 de Julio 1874.

ELLOS SE HACEN JUSTICIA.

Como adversarios leales, lo confesamos con toda ingenuidad, nuestro propósito, al hablar de lo absurdo que creemos hoy el triunfo en el poder de los radicales y republicanos, no es ni puede ser jamás el pretender con esto que los verdaderos conservadores aspiren a mandar, al contemplar planteados todos sus principios y heredar con tiempo las riendas del gobierno; esto si debemos desear ni queremos hoy a fuer de verdaderos patriotas, en su verdadera acepción. Pero esto no importa para que juzguemos lo más funesto para la política, lo más calamitoso, absurdo y como absurdo imposible el que la neo-republicana familia se apodere de los destinos públicos.

En este concepto pudimos expresarnos en el número anterior, llevados de noble y patriótica idea pero nunca inspirados de rastrera pasión.

Oúlpense a las cosas mismas, cuando de ellas, cuando de su realidad se trata; no era culpa nuestra si el cuadro que bosquejábamos el día 15 presentaba con vivos colores lo que sería de la política al apoderarse de ella los hombres inconsecuentes, que trafican con su conciencia viviendo hoy como monárquicos y mañana como republicanos.

Si los colores resaltaban demasiado; si la pluma trazó con desnudez la ambición sin límites, la felonía que demuestra el estar dispuestos a ser gobierno hombres sin principio fijo; si esto, que presentábamos, pareció amargo, como verdad de primer orden, cúlpense, repetimos, los radicales y republicanos a sí mismos, porque ya en España no va quedando quien no les mire con justa prevención, quien no les retire de su obra, de su fidelidad monárquica, de su ardiente republicanismo la vista con horror y el estómago con asco.

Ellos se hacen justicia; ellos se pintan por sí mismos; nosotros no rechazamos su concurso para la obra de salvación de España; pero execramos su ambición de mando, su sed de figurar.

¿Quién podrá negar que sería terrible el que hoy se apoderasen del mando radicales y republicanos?

No vamos a aducir testimonios de adversarios fanáticos; vamos hoy a trasladar a las columnas de EL IDEAL POLÍTICO lo que juzgan de los

radicales, periódicos progresistas y revolucionarios como «La Iberia». No ha de tacharse de sospechoso el testimonio; y así con esto podremos dar cumplida satisfacción a la observación amistosa que nos decía hace días «no hay que negarlo, son funestísimos, pero los trata V. severamente».

¿Conqué tal creía nuestro querido amigo?

Oiga pues a «La Iberia»; alienada al periódico mas revolucionario, de historia mas progresista de cuantos se publican en España, al que fundó el mas propagandista, Sr. Calvo Asensio.

Dice «La Iberia», al defender al ministro de Hacienda de los ataques del radicalismo.

LOS SÁBIOS.

Unas líneas de un periódico de bastante circulación, intencionado y que siempre parece hablar *ex-cathedra* nos ha sugerido las pocas que hoy vamos a tratar a la ligera y sin acudir en busca de datos más que al pequeño arsenal de nuestros recursos. Dice el diario aludido que «el Sr. Camacho es una buena persona, de honradez y de sana intención; que no sabe más».

Es el mejor medio para demostrar que sabe lo bastante la comparación de sus medidas con las dictadas por los sabios que fueron defendidos siempre por el periódico a que aludimos.

Los sabios destruyeron contribuciones importantes sin sustituirlas por otras, cuando debía constarles que, aun sin suprimirlas, venían los presupuestos saliendo en déficit.

Los sabios hicieron empréstitos sobre empréstitos, y en no muy buenas condiciones, que acabaron con el crédito y duplicaron la deuda de la patria. Entiéndase que esto fue aun antes de existir las circunstancias anormales por la guerra civil creadas.

Los sabios aumentaron la deuda flotante, cada vez en peores condiciones, contraindadas, y arrastraron su vida por medio de ella, no muy científicamente que digamos.

Los sabios nos regalaron los contratos del Banco de París, el de Castilla y el Hipotecario.

Y tiraron la riqueza nacional por la ventana, con objeto de conseguir, sin duda alguna, colocar algun empréstito, y con su producto nuevos recursos para la Hacienda.

Y arrendaron ingresos y rentas importantes por un pedazo de pan.

Y no dieron gusto a los libres-cambistas.

Y no agradaron a los proteccionistas. Y tal fue su empirismo científico por supuesto, que cuantas nuevas contribuciones crearon, otras tantas destruyeron.

Y por remate de cuentas, emitieron a su voluntad, títulos y títulos sin orden ni límite.

Los sabios han dejado el país en tal estado, que ni los menos sabios, pueden sin grandes trabajos encontrar una peseta.

Los verdaderos sabios, en estos últi-

mos años han sido los caballeros particulares que han formado sus fortunas, y estamos seguros de que cada lector conoce alguno o algunos de ellos.

¿Que tal les parece la apologética oración a nuestros amigos?

¿Se juzgan ellos con toda exactitud? ¿Exagerábamos cuando presentábamos a los radicales como de memoria funesta para España?

A los radicales y republicanos hoy, que viven en nefando cantuvernio federalesco desde la benevolencia, con tal de mandar, les acontece lo que a las mugeres que un día improvisan sin historia o con historia trenes y boató; que se acostumbra a deslumbrar apégandose a la nueva vida, la que no quieren dejar aunque su honor tenga que ser el crédito con que trafiquen, porque sus triunfos pasaron ya.

Ellos no pueden ya, aunque las riendas del gobierno vinieran a sus manos, hacer nada aceptable en el orden político. Ellos han suvertido el orden social queriendo dar a esta nación, amante de sus tradiciones, una nueva fase, y solo nos trageron una continua y espantosa perturbación. Ellos pudieron un día creerse con títulos bastantes para gobernar; hoy solos diremos para remalcar mas con «La Iberia», para probar a nuestros amigos, que no estuvimos muy desacertados al atacarlos con nobles armas y como compete a adversarios leales.

Nosotros siempre, y conste para despues, atacamos la idea, el principio político, respetando cuanto merece la personalidad; no es culpa nuestra, que se pueda asegurar, sin temor de ser desmentidos que se hacen justicia.

Oigan a «La Iberia», basta y sobra por hoy.

Hubo tiempo, sin embargo, eo que produjeron miedo en determinadas esferas, sin duda, porque se apreció que valían lo que ostentaban; miedo que produjo el efecto desastroso, del que en realidad no son responsables los que juzgaron poco atentos a lo que nuestro país era y a lo que en él significaban tales gentes.

Entonces ensavaron con éxito su manía, y manifestaciones a son de clarín pregonadas, frases como la célebre del oró de ciertos salones, estudiados saludos, y otras cosas que sería prolijo recordar, fueron otros tantos caminos que les condujeron al deseado Capitolio; entonces, menos sagaces o mas osados, perdieron el respeto a lo más venerando de un modo pertinaz, y sobre pertinaz en gran manera trasparente, su audacia misma sobrecogió sin duda, y lograron el fin.

Presente se halla en la memoria de todos su gobierno; presente la célebre sesión en que ministros de la monarquía el día antes, lo fueron de la republica el día despues, hasta que como sucede siempre fueron arrojados, ellos, que habían sido tan solo los instrumentos del triunfo, como

inútiles ya, una vez conseguido aquello, apesar de esto, si el rubor asomó a su rostro, no fué el rubor de la vergüenza, sino el del despecho.

Nuestros amigos políticos han visto la circunspección con que hemos visto, sin querer dar cabida en nuestro periódico, las injustas acusaciones que los revolucionarios de todos matices vienen haciendo a lo mas venerando para los leales.

Unos aseguran que hay divergencias en el partido alfonsino; otros, que la mas augusta madre de nuestro ilustre Principe reivindica para sí los derechos al trono, despues de su abdicacion, que fué inspirada por la nobleza de su magnánimo corazón; exotros, en fin, que la restauracion será la reaccion y que pretendemos triunfar por la fuerza.

Todas estas acusaciones tan vulgares están rebatidas y se estrellan en la noble conducta del partido conservador, que desinteresadamente presta su apoyo a todo gobierno no constituido que nos haga el orden.

El partido alfonsino es español antes que todo; no le sucede como a los revolucionarios que dicen antes que D. Alfonso, D. Carlos y los cantonales; ni serán jamás como los carlistas que repiten: antes que Don Alfonso, el petróleo.

El partido alfonsino siempre estará dentro de la legalidad y por eso nosotros que nos cabe la gloria de tener lazos muy intimos con nuestros autorizados colegas «La Epoca» y «El Tiempo» hacemos nuestro en toda su estension, lo que dice a este propósito el primero de los colegas:

«Si un día las Cortes y la nación, y solo la nación y las Cortes, de acuerdo con el gobierno del país, aclamasen el nuevo la monarquía constitucional como el medio mas eficaz de destruir para siempre las esperanzas del carlismo, y creyesen que nadie podía simbolizarla mejor que un principe español, educado en la adelantada Alemania, exento de odios, inocente de toda culpa, respirando las ideas que han unido en lazo indisoluble la dinastía de Hapsburgo a sus pueblos, y como ella representando la tradicion al lado de la libertad, la representación nacional seria la que estatuiria tambien sobre regencias, caso de ser necesarias, asi como daria a la nueva Constitucion del Estado las bases necesarias al afianzamiento incommovible de una monarquía liberal y parlamentaria, como las que hoy existen en la inmensa mayoría de los pueblos de Europa. Toda otra combinacion, todo otro poder que no se funde sobre estos cimientos, se disiparia al primer soplo del vendabal. Ni en Madrid, ni en Paris, ni en Viena hay nadie que, llamado a ejercer un verdadero influjo en el porvenir de España, no lo comprenda así, y que no conforme su conducta a